

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Carmen Martín Barceló, 65 años

Susana Irlés Durá, 20

MUJERES COMO CARMEN

Carmen es una mujer orgullosa de sí misma. Orgullosa, insiste. De niña ella sola fue a hacer la comunión. No tenía ni vestido de los domingos ni sus padres se enteraron. Pero orgullosa de sí misma, se sentó en uno de los bancos hasta que llegó su turno después de que sus amigas vestidas de impecable blanco subieran al altar. Era traviesa también, confiesa entre risas. Solía escaparse de casa para ir a la escuela y un día la maestra apareció delante de su madre para que aquella muchacha pudiese ir a clase sin jugar al escondite. “¡Hay tantos recuerdos!”, se sorprende. También tristes. De la muerte de su hermano pequeño prefiere contar aquel día en el que con su hermana contemplaba las nubes en un campo de la huerta murciana. “¡Míralo, míralo! El hermanito saluda”, señaló entre nubes. “Mi hermana mayor buscaba y yo mientras me reía”.

Mucho queda de aquella niña. Por no decir todo. Nació en la Estación de Alquerías, un pueblo de Murcia “donde todas las vías del tren se cruzan”, explica. A sus 65 años, sigue riendo jovial, animosa y descarada. Con una foto en mano, explica cómo diseñó y cosió los disfraces de india para ella y sus amigas en Carnaval. ¿Un sueño? “Al ver lo que pasaba en mi casa, desde muy pequeña sólo quería una familia feliz con un hijo y una hija”, cuenta. Hoy Carmen es ama y señora de su hogar. Cuida a su marido y a su madre de cien años. Cuando vuelve al pueblo, es la enfermera de las vecinas a las que atiende encantada de puerta en puerta. Es parte de su vida. “Bueno, es mi vida”, corrige. Devota a su familia, devota a los suyos... al preguntarle si a lo largo de los años, eligió siempre lo que ella quiso, responde que sí, aunque suspira en silencio. “Me hubiera gustado haber sido alguien”, apunta. ¿Un sueño por cumplir? No hay más: su familia

A los quince años, marchó a Francia como institutriz de una familia francesa de la que aún recuerda con nostalgia aquellos niños que desde una ventana le decían adiós. Solía leer fotonovelas para entender cómo se vivía aquel país al que ha vuelto para visitar a su hermana que finalmente se asentó allí. Años después, partió a Alemania por orden de su madre. Allí trabajó durante ocho meses en una fábrica de conservas. “Como todos”, dice. En la España franquista de los años cincuenta, la emigración temporal era la salida de jóvenes como Carmen que ayudaban con sus sueldos a sus familias en una Europa en plena aceleración económica.

Pero cuando aquella joven volvió, José, su novio del pueblo, lo tuvo claro: no se podía volver a escapar. Casados ya, nada los separó y Carmen por fin hizo la vida que ella quería. Siguió los pasos de su marido que trabajaba de Valencia a Játiva y de Játiva a Alicante, donde finalmente consiguió cumplir su sueño.

Su familia sigue adelante. “Con sus más y sus menos”, apunta con una sonrisa. “A él le pasa como a su padre”, explica al hablar de la enfermedad de su marido, cuyos síntomas y evolución ve desarrollarse en el día a día. Hace cuatro años, José sufrió varias embolias consecutivas que fueron incapacitándole hasta quedar ciego. “Las cosas cambiaron mucho”, reconoce. Pero Carmen siempre prefiere los recuerdos buenos y en seguida enseña sus fotografías como Miss Simpatía y Miss Colaboradora, tras ser coronada con todos los honores por la asociación de la tercera edad de su barrio. “No tenía la edad suficiente, pero como siempre estaba por ahí ayudándoles me dieron el premio”.

La vida de Carmen es la vida de tantas mujeres que prefieren olvidar una infancia difícil, callar rápido las injusticias del pasado y hablar de esos nietos que juegetean con sus rizos. Son felices, sí. Y están orgullosas de sí mismas. “Yo aprendo lo que sea”, afirma esta mujer que a los 59 años aprobó su examen de conducir. No entran en las encuestas. No hay datos que contabilicen su esfuerzo diario, sus horas dedicadas a los demás, sus metas conseguidas. Ellas suelen decir que no tienen una historia que contar.

Recordar, compartir, aprender

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Yo siempre he sido muy imaginativa”. Esa es su respuesta a la vida, a los años, a la adversidad, a los recuerdos, a los buenos amigos que se fueron, a los cambios que llegan y a los que hay que amoldarse porque no queda más remedio. Ante el paso del tiempo, un poco de imaginación y basta. O al menos así lo ve Carmen que pone el ejemplo de las colchas de su cama. “Me pasé por El Corte Inglés, me fijé y mira cómo las tengo”. Preciosas, sí. La imaginación mantiene esa vitalidad y jovialidad, y llena cada rincón de la casa y del espíritu de Carmen. Confiesa las caídas y los tropiezos que al cabo de los años se van arrastrando, pero siempre con un toque de imaginación lo resuelve todo. Una fiesta. El te quiero de su nieto pequeño. En definitiva, esa magia que sólo un alma inquieta desvela. Un optimismo envidiable ante el futuro; una mirada de reojo y selectiva al pasado, e imaginación, gracia, vitalidad, fuerza ante el presente. Como Carmen demuestra, la imaginación, la creatividad, el ingenio ante la vida no son valores reservados a grandes artistas, sino el pulso del día a día de cada mortal. En los ojos de Carmen, la vida misma parece una obra de arte por componer, por descubrir y por enseñar a los demás.